

Las potencias de la falsedad

Mauricio Molina

El cementerio de Praga, la más reciente novela de Umberto Eco, recupera algo de lo mejor de su producción narrativa. Por un lado la pesquisa detectivesca al estilo de la espléndida *El nombre de la rosa* (1980), y por el otro la investigación de los temas esotéricos y las teorías del complot, que desarrollara con menor fortuna en *El péndulo de Foucault* (1988). En el volumen que nos ocupa Eco nos introduce en una suerte de arqueología del antisemitismo europeo, que desembocó en uno de los libelos más leídos del siglo XX: *Los protocolos de los sabios de Sión*. Eco ya había desarrollado el tema en un ensayo titulado “La fuerza de la falsedad”, incluido en su libro de 1998 *Serendipities: Language and Lunacy*. En dicho ensayo explora la historia de los libros de supuestas sectas ocultas: templarios, rosacruces, masones, el complot pretendidamente urdido por los judíos para controlar el mundo y confirma que *Los protocolos de los sabios de Sión* no sólo es una falsificación canallesca, sino un pastiche que tuvo como fuentes el *Balsamo* de Dumas, a Eugenio Sue y Maurice Joly, el autor de una sátira contra Napoleón III titulada *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*.

En *El cementerio de Praga*, Eco desovilla un relato compuesto de elementos históricos partiendo de un siniestro personaje ficticio: el capitán Simonini, un hombre del subsuelo que se gana la vida falsificando documentos de todo tipo. Su habilidad para la caligrafía le permite copiar la letra de cualquier texto que se le ponga enfrente. Ambientada en la segunda mitad del siglo XIX, la novela de Eco tiene el encanto de las novelas decimonónicas. Es ahí donde el estudioso del relato y el novelista se entrecruzan para crear una novela estupendamente escrita y apasionante que recuerda los folletines de la época.

A sus logros técnicos —una novela escrita en primera persona a la que añade un par de narradores complementarios— también hay que sumarle el elemento político (que en sus novelas anteriores no había estado presente). Su exploración del antisemitismo europeo nos permite comprender no sólo el éxito de los *Protocolos* (difundidos desde la Rusia zarista hasta las ediciones financiadas por Henry Ford), sino la barbarie que habría de desatarse con el nazismo: Hitler cita *Los protocolos* en *Mein Kampf* con respetuosa fruición. Baste mencionar que *Los protocolos* fue uno de los libros más leídos a lo largo del siglo XX y que actualmente cuenta con cientos de entradas en internet.

La historia que cuentan *Los protocolos* es bien conocida: a fines del siglo XVIII o a principios del XIX los doce representantes de las tribus de Israel se reúnen una noche en el cementerio de Praga para conspirar por la dominación del mundo mediante el debilitamiento de la moral, el control financiero y la destrucción de las monarquías. La idea llega al absurdo de afirmar que el comunismo y los grandes capitales —ambos controlados por los judíos, siempre de acuerdo con *Los protocolos*— eran parte de un gigantesco complot.

Pero el libro de Eco tiene múltiples aristas: nos hace partícipes de las revueltas del cuarenta y ocho, de la rebelión de Garibaldi, de la aparición del Manifiesto Comunista; asistimos a la comuna de París, repasamos el caso Dreyfus, accedemos a la génesis del psicoanálisis y al esplendor del anarquismo. Una lección de historia y erudición.

Sin duda el recurso del falsificador Simonini, un piamontés esquizofrénico que hereda el odio a los judíos de su abuelo, como dispositivo para desarrollar la trama, resulta uno de los mayores logros del libro.

Se trata ante todo de una novela detectivesca, un *thriller* de espionaje que rinde culto a Dumas, a Stevenson, a Conrad, donde espías y contraespías urden complots cobijados por los gobiernos de Francia, Italia, Prusia y Rusia. Genio de la falsificación, siempre dispuesto a venderse al mejor postor, Simonini ejemplifica esa zona de la bohemia francesa de los lúmpenes y desclasados que tan bien retratará Huysmans en su crónica sobre el barrio latino parisino.

En su libro *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación*, el escritor italiano Alessandro Baricco apunta que en los últimos años ha surgido una nueva forma de cultura impulsada por los buscadores de Internet, los cambios en la forma de leer, y ubica la aparición de los nuevos bárbaros con la publicación de *El nombre de la rosa*, del propio Eco, una obra que aparentemente parece una novela histórica pero cuya clave ya se encuentra en otro lado, en un ámbito difuso donde la información y la expresión intercambian sus disfraces. *El cementerio de Praga* se ubica en este terreno limítrofe. Bien leída, la novela de Eco no se sitúa a mucha distancia de los libros de Dan Brown (no dudaría que *El cementerio de Praga* fuera llevada al cine próximamente). La diferencia fundamental reside en el impresionante bagaje cultural e histórico con que Eco —un erudito que ha dedicado buena parte de su obra al estudio de las formas narrativas— teje su trama y logra sostenerla aun con ciertos clichés de las novelas folletinescas.

Al mismo tiempo ligera y deslumbrante, *El cementerio de Praga* es un síntoma de la mutación del arte de narrar en la literatura contemporánea. ■

Umberto Eco, *El cementerio de Praga*, Editorial Lumen, México, 590 pp.